

DIÁLOGO CON LA CIUDAD

Larissa Calderón

Me gusta caminar por la calles de mi ciudad y encontrarlos, esos momentos de color que no tendrían que estar ahí, pero alguien los dejó con el único propósito de ser vistos. Es una expresión mundial que se apodera sin permiso de paredes y las tiñe con ideas y posibilidades. Desde el Soho hasta la Patagonia y más allá del continente pienso en aquellos que han hecho famoso el arte urbano del Graffiti.

Aunque hoy en día las obras de Basquiat se definen más por las sumas millonarias en las que se venden en las subastas, su mensaje social, las críticas al racismo, al colonialismo y la lucha de clases se mantienen, ya no en las paredes del Soho, en Nueva York, sino en museos, en snobs colecciones privadas o pretenciosos muros de residencias.

Jean-Michel Basquiat (Nueva York, 1960-1988) es un icono de la cultura norteamericana y cual estrella del rock, murió a los 27 años de una sobredosis de heroína. A su breve paso, este hermoso artista negro, hijo de padre haitiano y madre puertorriqueña, este genio que de adolescente vivió y rayó las calles de Nueva York con el seudónimo de SAMO (“*The SAME Old Shit*”), este grafitero de color que irrumpió en el mundo blanco del arte, cautivó con su juventud y belleza. Tanto ese mundo exclusivo como el popular amamos ver sus pinturas, accesibles, sinceras, de trazos simples, sin academia, pero siempre precisos para expresar su mensaje, su identidad, racial, marginal, subterránea, callejera y rica en cultura, jazz, música clásica, hip-hop, Miles Davies, Jimmy Hendrix, John Coltrane, Mark Twain, los cuadernos de Leonardo Da Vinci, astronomía, historia de Roma, las olimpiadas nazis de 1938, el esclavismo, la monarquía y todo lo que le rodeaba está impreso en sus pinturas. Este divertido amigo de los años 80’s y de Andy Warhol y Madona, dejó una prolífica obra en la que trasladó el Graffiti de la calle al museo, del muro al lienzo neoexpresionista. Su trabajo lo catapultó al éxito y lo puso en el centro de un



Holger Mühlbauer-Gardemin. *Jean-Michel Basquiat en el estilo de Jean-Michel Basquiat*, 2023

movimiento artístico y de un mercado al que los coleccionistas le inyectaron millones; se pintó a sí mismo como un joven Picasso. Amamos sus pinturas por su colorido y ritmo, por las cosas que entendemos y las que no, por su cinismo y por la impresión que nos dan sus ganas de quedarse con nosotros y perdurar.

Otro Graffitero que por el misterio que esconde se volvió un ícono del género, es Banksy. Un nombre que es el seudónimo de un artista callejero, que probablemente nació a mediados de los 70's en Inglaterra e inició su carrera en el graffiti en los muros de Bristol. Mucho se ha especulado sobre la identidad de este artista, pero la verdad es que gracias a las redes sociales mucha gente sabe quién es y lo que representa en las calles del mundo.

Banksy es el niño náufrago que apareció en un muro de Venecia, es la niña que pierde un globo en forma de corazón en una escalinata de Londres, "*There is always hope*". Es uno de los niños montados uno sobre otro tratando de alcanzar una lata de pintura en aerosol atrapada en un círculo cruzado que prohíbe y criminaliza el graffiti en Nueva York. Es el combatiente arrojando un ramo de flores en los límites entre Palestina e Israel, es el pensador de Rodin dibujado en Gaza o la niña cateando a un soldado en Belén. Es una anciana que al estornudar pierde su dentadura postiza en Bristol, en pleno 2020, durante la pandemia de COVID-19. Son dos policías en uniforme besándose en la fachada de un Pub en Brighton, Inglaterra. Es una mujer cayendo al vacío con su carrito de compras, "*Shop Until You Drop*". Es un trabajador con escalera removiendo la estrella amarilla que representaba al Reino Unido en la bandera azul de la Unión Europea, en un muro del Puerto de Dover en Francia. Y en el mismo país, pero en un campo de refugiados en Calais, es un Steve Jobs, hijo de migrantes sirios, pintado como un viajero más. Es también una rata vestida como broker de Wall Street con su portafolio, reloj, gafete, corbata y paraguas, además de la frase: "*Let Them Eat Crack*", en el Soho, Nueva York. Y es también el graffiti de la niña rociada con Napalm en Vietnam, que corre desnuda en un grito y a cada lado, unos sonrientes McDonald y Mickey Mouse. Banksy en una protesta, una reflexión, un mensaje en la pared y no es el único.

Pero sin duda, una de las referencias al Graffiti que más me conmueve viene de la literatura y su relación tan estrecha como en un diálogo con el arte.

"Graffiti" es un cuento del escritor argentino Julio Cortázar, fue publicado por primera vez en 1978, en un catálogo de arte de la Galería Maeght de Barcelona, que exhibía la obra del pintor catalán Antoni Tàpies, quien se caracterizaba por su trabajo abstracto, pero rico en simbolismos, con texturas y relieves. Así se estableció una conversación entre la literatura de Cortázar y las pinturas

de Tàpies. "Graffiti" es una propuesta estética multitextual, palabra que usa Amanda Holmes en su ensayo "Estética y dictadura: Graffiti de Julio Cortázar", y que se refiere a las diferentes capas que envuelve el significado de la historia, como las pinturas del catalán, que introducía diversos materiales para conseguir sensaciones y volumen, además de trazos parecidos a los que vemos en las calles.

El cuento nos instala en una ciudad represiva, dictatorial, en la cual está prohibida toda expresión, más aún si es artística o de protesta. Ante este escenario, dos personas, que no se conocen ni tienen contacto físico, inician una comunicación en forma de dibujos que realizan escondiéndose de la policía y que eran borrados con rapidez. Primero empezó como un juego para matar el aburrimiento, pero pronto se convirtió en una relación muy profunda de reconocimiento, empatía y amor por lo que uno y otro tenía que decirse. Hasta que uno fue descubierto y tuvo que pagar las consecuencias por aquellos dibujos clandestinos que se dejaban en la noche. Pinturas en las paredes que dialogaban no solo entre ellos, sino con sus represores, con los otros y con nosotros. Y en esa conversación de colores sólo hubo unas palabras escritas en un muro que lo dijeron todo: "A mí también me duele".

De esta manera las paredes de nuestra ciudad también nos hablan, se comunican, entre colores desgastados encontramos, de pronto, que algo llama nuestra atención, un graffiti dejado por ahí. Quien lo realizó no sabe si será escuchado o si va a significar algo, aparte de la irrupción del espacio. Y nosotros no sabremos quien los hizo, ni en qué momento, sin embargo, ahí están.

Pero habrá quien se detenga y note que con esa osadía un hombre o una mujer se han elevado a la categoría de artista. Habrá quien recorra las calles del centro de Matamoros y descubrirá unas flores pintadas, unas mariposas, un astronauta, o en una esquina de la calle Matamoros, estará una casa abandonada que en sus paredes habitan unos coloridos elefante bebé y su madre. Luego doblará por la calle ocho y antes de llegar a la esquina con Morelos le contarán de la conquista y dos pasos más adelante se encontrará con los ojos de la tristeza.

Siempre existirá una persona que con la mirada sostenga un diálogo con la ciudad y como en el cuento "Graffiti", se conmueve con su necesidad de ser escuchada y entienda su búsqueda. 📖

Larissa Calderón (Ciudad de México, 1978). Escritora mexicana. Diplomada en Creación Literaria por la Sociedad General de Escritores de México. Columnista en revistas y medios digitales e impresos. Ha publicado los libros para las infancias *De rayitas a Rayas* y *Gato Blanco/Gato Negro*. Sus escritos abordan temas como derechos de las infancias, la literatura, la cultura, la identidad y la condición femenina.